

MÉXICO

A mordiscos y caricias

Ocho cuentos que van desde el realismo sin sensiblería hasta las remembranzas de lirismo irónico de Elena Poniatowska.

LUIS VARGAS SAAVEDRA

Realizan el amplio naturalismo de la autora que capta la vida de las clases sociales de México, con particular empatía hacia el pobre de bolsillo y el rico de corazón.

Hay ahora la novedad de un cuento "en hombre" y "en Italia"; los otros son narrados por mujer o por alguien indeterminado. Y volvemos a encontrar la estúpida veta que más le admira y que yo llamaría de recuerdos transmutados. Dentro de esa díxize "autobiografía": «Chocolate» y «El corazón de la alcachofa», en los que reaparece su personaje totémico: La Abuela.

En «Chocolate» ella es la mamá grande a quien la narradora admira con tanto dolor y pasión que todos nos hacemos virtuales nietos suyos, o mejor aun: perros de su querencia.

«La gente le llegaba a la abuela a través de los perros. Una gente con perros ya era un poco perro, y por lo tanto digna de atención». Esta visión del mundo en cuanto a perros es heredada por la nieta narradora: «Para mí... el amor es un perro que mueve la cola y viene a darme la bienvenida». Y aun más, ella fue perro para el amor de la

abuela, y más tarde para los amores que vendrían.

Del mismo irónico y lírico modo, en el cuento «Los canarios» la narradora se vuelve canario cuando su corazón "late amarillo". Y siguiendo con tales metamorfosis, en «El corazón de la alcachofa», la narradora llega a tener blando corazón de alcachofa, o sea, propensión a ser devorada.

Todas esas son metáforas encarnadas, hallazgos de rima viva entre perro, canario, alcachofa y quien narra. Y son finezas sobrias que contrastan con las sobrias miserias de otros cuentos en los que se rasca la truculencia.

En «Las Pachecas», el neutro relator nos aloja en un rápido sanatorio para drogadictos donde Luisa va floreciendo de miserable en honorable y después en...

Así Luisa nos seguirá pensando a lo largo de todo el libro. Su presencia es como un esmo moral que enturbia a canarios, perros, alcachofas y Ellas. Y esas mujeres van formando tras Luisa un tático coro griego que avanza de cuento a cuento enriqueciéndolos con sus vidas superpuestas. Luisa se perfila en la Fernanda de «La banca». Ambas traicionadas víctimas de dos variaciones de la maldad ajena.

Luego Fernanda se trasvasa en la víctima de "los ritos alcachoferos" de la abuela, otra vez La Abuela fundacional, que en este cuento es una esnob de las alcachofas, pues "llegó a la conclusión de que la única casa en el Distrito Federal de veintidós millones de habitantes donde se sabía comer alcachofas es la nuestra". Y así, vía tal exquisitez de maneras se infunde la desgracia: por saber alcachofar, el corazón de Fernanda convidará el mordisco.

Después viene el cuento «Los bufalitos» que rompe la melérida reiteración de mujeres víctimas, asistándonos un hombre víctima de sus propias ilusiones: versión masculina de la Marcela de «Coatlícue».

En los tres siguientes se retoma la concatenación femenina. En «Chocolate» la nieta no es derrotada sino triunfal, gracias al perrazgo. Pero en «Coatlícue» todas las victimizadas se acumulan en una auto-víctima. Marcela padece la fantasía de Marcela: su ficción se le instala en realidad atroz. La mera empleada se le torna una cruel deidad azteca.

Y al fin, «Tlapalería» (fe-retería) que es, de hecho,

una condensada obra teatral de un solo veloz acto, con un montón de personajes anónimos que hablan interrumpiéndose unos a otros, de modo que escuchamos un disparadero de frases completas o truncas. Por supuesto, los compradores quieren ser atendidos de inmediato. Y la algarabía de pronto empieza a entregar los aticos del relato de la muerte de un querido vecino japonés, Don Seki, víctima de un automovilista que colisionó contra su ferretería, matándolo al instante.

A través de la zalagarda escuchamos a sus hijos y a sus clientes. Lo vemos según cómo lo veían sus clientes. Se concluyen de su inconsolable viuda. Se consuelan con su fulminante muerte. Y nos conmueven con su compasión criolla.

Los clientes tienen opiniones de gente educada que sabe del budismo, que sabe de la pequeñez del japon y del resultante fascinamiento por las frutas. Esta culta, comprensión equilibra el efecto denunciatario del libro, dándole ecuanimidad: así se compensa la dureza de las clases incultas del principio, con la conmiseración final de las clases cultas.



SER ARTISTA

Exclusión

FRANCISCO CALVO SERRALLER

En 1897, el año de la muerte de la poeta británica Christina Rossetti, su hermano, el historiador y crítico de arte William Michael, decidió publicar una novela inédita que aquella había escrito, en 1850, con apenas 19 años. Un poco más de un siglo después de su primera edición en inglés, se ha traducido al castellano con el título original *Maude*, que es el nombre de la protagonista, una escritora en ciernes, cuyos místicos versos no hacen sino mostrar el exaltado anhelo de morir cuanto antes y alcanzar así la verdadera paz. Casi no hay que añadir que Maude consiguió su propósito, falleciendo de languidez sin cumplir los 20. Aunque Rossetti sobrevivió casi medio siglo a su heroína y 15 años a su hermano pintor, el célebre prerafaelista Dante Gabriel, lo hizo como si estuviera enclaustrada, entregada sólo a sus versos y ensueños. En 1856, el también prerafaelista Henry Wallis pintó la patética imagen del suicidado *Chatterton*, el poeta adolescente que tampoco quería vivir, el cual ya había inspirado el drama del mismo título que estrenó, en 1835, en París, el escritor francés Alfred Vigny, inaugurando la moda del romanticismo de necrófila introversión, para el que la muerte nunca llegaba demasiado pronto.

En 1895, en tanto, se celebró el escandaloso juicio que dio en prisión con Oscar Wilde, y, bastante antes, en 1877, tuvo lugar otro ruidoso proceso, el que pírricamente ganó el pintor angloamericano Whistler al crítico de arte John Ruskin, por haber calificado éste a uno de sus «Nocturnos» de «bote de pintura arrojado a la cara del público». Con más de medio siglo de retraso se acaba de traducir al castellano el famoso libro del historiador del arte británico William Gaunt, *La aventura estética. Wilde, Swinburne y Whistler: tres vidas de escándalo* (Turner/FCE, Madrid, 2002. Precio de referencia \$22.800), en el que cuenta las agrias provocaciones que estos artistas montaron, junto con otros colegas de parecido talento, contra la clase media del final de la era victoriana, que, desde luego, se tomó cumplida venganza.

Hacia dentro o hacia fuera, hay una misma violencia antisocial en los mejores artistas del siglo XIX, que hoy, sin embargo, nos resulta extraña, quizá porque la introversión es, en la actualidad, el anonimato impuesto al creador pasado o al margen de la moda, mientras la extroversión es ya una escandalosa promoción publicitaria, cuyo éxito se mide en términos de rentabilidad. Constrictos o escandalosos, los artistas actuales son los acomodaticios agentes invitados de un espectáculo que no les pertenece, aunque vivan mucho y bien.

Biblioteca, derechos exclusivos Revista de Letras

A mordiscos y caricias [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A mordiscos y caricias [artículo] Luis Vargas Saavedra. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)